

VIAJE A MÉXICO. VISITA A PÁTZCUARO. INAUGURACIÓN DEL CREFAL*

Al regresar a París, tuve que arreglar mis maletas para otro viaje. Esa vez, me esperaba México.

Durante más de dos años había estado ausente de mi país. Sentía nostalgia de su cielo, de sus montañas, y del calor de su pueblo estoico, entre cuyas mujeres y cuyos hombres había vivido las horas más hondas de mi existencia. La patria no es solamente una herencia y una costumbre. Es un consejo, una lección insustituible, un ámbito necesario y un permanente deber.

Ciertamente, los periódicos y las cartas que recibía de México me tenían en contacto con lo esencial de su desarrollo. Me llegaban noticias del ritmo que había sabido comunicar al gobierno el licenciado Alemán. La tumba de mis padres no carecía de flores en las fechas en que la hubiese yo visitado. Mi tía me enteraba, de cuando en cuando, del estado de su salud. Amigos como Marte Gómez y Manuel Tello me recordaban. José Gorostiza y Alfonso Caso conversaron largamente conmigo, en Italia, durante la reunión de Florencia. Pocos meses después, me entristeció la muerte de Villaurrutia. Veía, en la UNESCO, a Antonio Castro Leal. Me invitaba el embajador Fernández Manero a algunas de sus comidas. Iba a saludarme a menudo Jorge González Durán. Leía cuanto publicaban entonces José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Carlos Pellicer y Ermilo Abreu Gómez. Y había tenido ocasión de recibir, en París, a múltiples compatriotas.

Pero me hacían falta el azul de nuestras mañanas, la nieve de los volcanes erguidos sobre ese azul, el despertar de las rosas y de los pájaros en nuestro pequeño jardín de Güemes, las eses con que prolongan ciertas voces amigas el adiós mexicano, que deja siempre –en quienes lo escuchan– el remordimiento de irse tan pronto. Y, sobre todo, me hacía falta la convicción de estar trabajando con mi pueblo y para mi pueblo, sin acudir a ningún intérprete, ni buscar en otros idiomas la expresión válida y efectiva.

* El desierto internacional. Memorias, 2a ed., ed. Porrúa, México, 1981, pp. 112-120.

Cuando formé parte del servicio exterior de México, me confortaba pensar que estaba cumpliendo un mandato suyo. Si la nostalgia surgía, tardaba poco en vencerla ese pensamiento. Pero, en la UNESCO, no podía en verdad sentirme mandatario de mi país. Además, me estaba acercando ya a esa latitud de la vida en la cual principian a verse lejos las costas de la esperanza. En 1952, cumpliría 50 años. Y no sabía lo que el destino me reservaba, traspuesto el límite de esa edad.

Llegué a México el jueves 3 de mayo, por la mañana. Mi mujer —que había salido de Francia, semanas antes que yo— me estaba aguardando en el aeropuerto. La acompañaban Rogerio de la Selva, con la representación del Presidente de la República, Manuel Tello y algunos embajadores latinoamericanos, entre los cuales no olvido al del Uruguay y al de Venezuela.

Me alegró pisar nuevamente tierra de mi patria, acariciar —en lo que iluminaba el sol dichoso del altiplano— la verdad de las cosas reconocidas, y sentir —por lo acelerado del pulso— ese asomo de taquicardia en cuya prisa advertimos la elevación de México, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

Todo se hallaba en orden. El licenciado Alemán iría a Puebla para celebrar la victoria del 5 de mayo; pero podría yo verlo antes de que hiciésemos juntos el viaje a Pátzcuaro, donde inauguraríamos, el miércoles 9, el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina. Tello me invitó a una recepción. De la Selva me habló del Congreso de Academias de la Lengua Española. Se había previsto que yo asistiese a la ceremonia de clausura el domingo 6. Entre los de otros maestros, vi el semblante jovial de Lucas Ortiz. Él tenía, asimismo, excelentes noticias que transmitirme. La Eréndira había sido acondicionada. Más de 30 educadores latinoamericanos se encontraban ya en México. Serían los primeros inscritos en el CREFAL.

Repartí abrazos. Y tomé, junto con mi esposa, el automóvil que debería llevarnos hasta el hotel. Había escogido ella el Del Prado, que no conocía yo. Desde las ventanas de nuestro apartamento, se veía un gran trozo de la Alameda. Evoqué los domingos remotos, cuando me llevaba mi madre a pasear entre sus árboles y sus fuentes. Llamé por teléfono a don Manuel Ávila Camacho. No se encontraba en México. Había ido a descansar en su rancho de Martínez de la Torre. Probablemente no volvería a la capital sino al fin del mes. Pensé en Bernardo Ortiz de Montellano. ¡Cuánto gusto hubiera tenido en charlar con él!... Por desgracia, no podría sino inclinarme frente a su tumba. Con la muerte de Bernardo, en abril de 1949, había desaparecido una época de mi vida: la que llaman ciertos ingenuos su juventud.

Invitado por Carlos Lazo, fui a visitar –en compañía de Ernesto Enríquez– las obras de la Ciudad Universitaria, ya muy adelantadas. Subí escaleras, admiré perspectivas, traspuse andamios... Y me asombraron la amplitud de la concepción y la rapidez de las construcciones. Felicité a los arquitectos que nos guiaron durante el recorrido. México podría enorgullecerse de una realización de tan alto rango. Pero lo significativo, a la postre, no serían las torres, la biblioteca, los anfiteatros, las aulas y los laboratorios, sino el espíritu de las generaciones que acudirían a estudiar y perfeccionarse allí. ¿Se darían cuenta los miembros de tales generaciones del sacrificio hecho para atenderlos?

A la orilla de la carretera que escogió mi chofer para llevarme a la cita con Carlos Lazo, acababa de contemplar muchas pobres chozas, no muy distintas de las que tanto me apenaron en los aledaños patéticos de Bombay. Y los habitantes de aquellas chozas no eran seres, expulsados del Pakistán. Eran mexicanos, tan mexicanos como los arquitectos que me rodeaban, como el rector y como nosotros. Al comparar el lujo de nuestra casa mayor de estudios con la miseria de sus vecinos (hoy desplazados por propietarios de condominios y cómodas residencias), me pregunté: ¿entenderían los jóvenes universitarios hasta qué punto un privilegio como el que les otorgaba el país los comprometía a no vivir en el egoísmo y a servir a México entero, sin vanidades y sin jactancias?

*

Empezaban los pronósticos futuristas. ¿Quién reemplazaría –en diciembre de 1952– al Presidente de la República? Faltaba más de un año para las elecciones y "sonaban" ya algunos nombres de políticos conocidos. Aun no siendo político yo, también circulaba el mío en los corrillos de las redacciones de los periódicos o alrededor de las mesas de los cafés. Desde agosto de 1950, *Últimas Noticias* me había mencionado como aspirante a la presidencia. Se decía, en ese diario, que algunos amigos míos estaban redactando un escrito a fin de invitarme a aceptar mi postulación... Nunca anhelé, por cierto, cargo de responsabilidades tan angustiosas. Y no sólo porque estoy convencido de mis muchas insuficiencias, sino porque, constitucionalmente, me impediría alcanzarlo el hecho de no ser hijo de mexicanos por nacimiento. Mi padre vino al mundo en España y conservó, hasta su muerte, la nacionalidad que le dio su cuna. Mi madre, hija de franceses, había nacido en Lima.

En 1950, la información de *Últimas Noticias* me contrarió. Pero no creí conveniente aclarar las cosas desde París. Después de todo, se había acogido en aquella noticia sólo un rumor. Si, en México, algún periodista me preguntaba algo sobre el asunto, le manifestaba con franqueza lo que opinaba. No se presentó la oportunidad de hacerlo. Puede que haya sido mejor así, porque –en la UNESCO– hubie-

ran ciertas delegaciones tergiversado los términos de mi declaración y atribuido mis impacencias de director general, siempre insatisfecho del programa y del presupuesto que autorizaban, a una ambición política desmedida que, en realidad, no sentí jamás.

El domingo fui al Palacio de Bellas Artes. Iba a clausurarse allí el Congreso de Academias de la Lengua Española. Presidió el acto el licenciado Alemán. Saludé, en los pasillos, a varios de mis antiguos colegas –los señores Ruiz Cortines, Tello y Bermúdez– así como a muchos escritores de México y de otros países del Continente. Me interesó el discurso pronunciado por Vasconcelos, aunque me alarmó que elogiase al idioma español, no porque lo usaran "millones de almas", sino "porque es lengua que fue imperial..."

Habló también José Rubén Romero. Y desfilaron por la tribuna todos los jefes de delegación de las academias representadas en el congreso. Su elocuencia no llegó a conmovirme. Soy hispanista, pero no en el sentido académico del vocablo. Quiero a España, pero no estimo que, en el estado del mundo actual, ciertas decisiones sobre un idioma –vivificado y robustecido por tantos pueblos– deban subordinarse, desde Madrid, a una institución centralizadora. A tal respecto, sumaba yo mi opinión a la que expresó Martín Luis Guzmán al proponer que se revisasen las bases mismas de nuestra cooperación. El proyecto que se aprobara debería servir de norma, no a las relaciones entre la academia española y cada academia "correspondiente", sino a las de todas.

El lunes me recibió el Consejo Nacional Consultivo del Gobierno de México ante la UNESCO. Ese era el largo nombre de la comisión mexicana con la que estábamos en contacto.

Fui a la Secretaría de Educación Pública. Más de cuatro años habían transcurrido desde el día en que hice entrega de ella al licenciado Manuel Gual Vidal. Reconocí los muebles de mi antiguo despacho, los tibores poblanos y la estatuilla de Palas, siempre en su sitio. Tuve que contener mi emoción. ¡Había vivido meses tan fecundos junto a esos muebles y ante esa mesa! Allí, en 1944, nació la campaña nacional contra el analfabetismo. Allí cobraron forma el programa federal de construcción de escuelas, el instituto de capacitación del magisterio, la biblioteca enciclopédica popular, la revisión de los planes de estudio, y los textos de tantas circulares que acabó por llevarse el viento, como se lleva el viento cuanto hemos sido –menos, acaso, nuestra conciencia de haber tratado de hacer el bien...

Gual Vidal me invitó a pasar al salón Bolívar. Se instalaron en el estrado, junto a nosotros, Manuel Tello, Luis Garrido, Antonio Castro Leal y José Romano Muñoz, quien desempeñaba entonces las funciones de secretario del Consejo. Estreché

las manos de muchos escritores y profesores, entre los cuales recuerdo a Alfonso Reyes, a Nabor Carrillo y a Samuel Ramos.

Con palabras amables, pero desprovistas de afecto, me presentó Gual Vidal. Presidentes de Comisiones Nacionales establecidas por gobiernos muy alejados del de mi patria, habían sido más amistosas. Agradecí los elogios de Gual Vidal, pero me hubiese halagado más la fraternidad de su comprensión.

En mi discurso, señalé las perspectivas del centro que inauguraríamos pronto en Pátzcuaro, e insistí en los peligros que implican, para toda civilización, la prisa y el maquinismo. Critiqué la prisa, no la velocidad. Si la velocidad obtenida gracias a los descubrimientos de la ciencia representa un magnífico ahorro de tiempo –y también de esfuerzo– su máspreciado valor debería consistir en brindar al género humano mayores márgenes de reposo y de reflexión. Por lo que atañe al maquinismo, manifesté que una buena máquina es un instrumento digno de gratitud, pero que, así como la velocidad constituye una ventaja y la prisa resulta un vicio, así también las máquinas son auxiliares inapreciables y el maquinismo puede considerarse como una de las calamidades del siglo XX.

No eran aquellas observaciones teóricas y fortuitas. Me había dado cuenta de que nuestro país parecía ávido de correr –sin haber, primero, aprendido a andar–. Por todas partes se acumulaban cifras, se prometían millones y se proclamaban espléndidas estadísticas. Estaban muy bien ese optimismo oficial y ese anhelo de triunfos prácticos y concretos. Pero, en una nación donde alienta el alma, convenía recordar incesantemente que el hombre no sólo vive de progresos bancarios y de éxitos industriales.

Por la tarde, me dirigí al antiguo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores: el que ocupaba, en la avenida Juárez, antes de que se construyese el moderno palacio donde ha instalado la administración mexicana a su canciller. En la sala de recepciones, me esperaba un centenar de invitados. Muchos de ellos eran antiguos compañeros de labor, como Rafael Fuentes, siempre impecable director del Ceremonial, o embajadores que no habían sido aún trasladados a otros países, o distinguidos miembros del gabinete. El que charló más largamente conmigo fue Ramón Beteta. Lo sentí preocupado y un poco triste. Se hablaba de él como de un candidato posible para sustituir al presidente Alemán. Contaba con partidarios muy entusiastas, pero tenía adversarios muy pertinaces. Quiso averiguar cómo veían los europeos la rivalidad entre Washington y Moscú. ¿Se temía, en Francia, una guerra próxima? Ignoro si mis palabras lo tranquilizaron o lo inquietaron, pues yo mismo me hallaba en la incertidumbre. El enemigo esencial de la UNESCO era entonces la guerra fría pero la otra –la ardiente– sería el desastre mayor de la humanidad.

Me presentaron al embajador de los Estados Unidos. Ya no desempeñaba ese cargo mi amigo Thurston, sino el señor O'Dwyer, a quien había conocido –en 1947– cuando era alcalde de Nueva York. Saludé a su esposa. Y conversamos acerca de algunos norteamericanos famosos que solían visitarme en París... ¡Qué lejos hubiera podido sentirme de los problemas que estaban viviendo intensamente Manuel Tello y sus colaboradores más inmediatos! Sin embargo, muy pronto lo comprendí: ni los viajes, ni la distancia, me alejarían nunca de esos problemas.

El martes por la noche subimos al tren que debía llevarnos a Pátzcuaro. Acompañaban al presidente Alemán, el secretario Gual, el subsecretario Tello, el senador Carlos Serrano y varios embajadores de la América Latina. El viaje, por lento, se hizo muy largo. Pensábamos llegar a nuestro destino antes de las nueve de la mañana, y llegamos casi a las doce. Tanto durante la cena, como a la hora del desayuno, el Presidente se mostró alegre y ameno conversador. Los embajadores parecían encantados de la lentitud del tren oficial. Gracias a ella, tenían pretexto para una larguísima audiencia –poco frecuente de conseguir conforme a los trámites diplomáticos.

Yo, en cambio, contaba cada minuto perdido. ¿Cómo sería el regreso, a ese ritmo de andante maestoso que el maquinista imponía al convoy? ¿Podría tomar a tiempo, el jueves por la mañana, el avión para Washington? De Washington, tras de saludar al presidente Truman, debería ir a Nueva York. Y, a París, después... De la puntualidad de mi arribo a Francia dependían muchos asuntos que no quería dejar en mora. Explicué mi situación al licenciado Alemán, quien me aseguró que un ayudante suyo pondría oportunamente a mis órdenes un automóvil para que volviera a la capital. Tranquilizado por ese anuncio, me dediqué a contemplar el paisaje. Lo devanaban, como si fuera un hilado rico en azules, en rojos vivos y en tiernos verdes, los husos de los postes telegráficos. Michoacán es uno de los Estados más bellos de la República. No ostenta el vigor del trópico, ni su densa y caliente vegetación; pero, seguro de su elocuencia, modula con limpidez todo lo que dice, encuentra siempre la nota exacta, la frase justa, y compone los párrafos de un conjunto en el cual cada árbol, cada ladera, cada pájaro y cada nube dan la impresión de estar concebidos para el goce moral del espectador.

Llegamos, por fin, a Pátzcuaro. Surgieron músicas populares de los andenes de la estación. Centenares de indígenas pintorescos circulaban entre esas músicas. Hombres, mujeres y muchos niños vitorearon al Presidente.

Lucas Ortiz y sus compañeros nos invitaron a visitar las casas de los maestros y alumnos del Centro. Avanzamos, después, por la Avenida de las Banderas, que conducía a la finca cedida en préstamo por el general Lázaro Cárdenas. Y el programa se desarrolló en la plaza de San Francisco. Desfilaron los maestros

enviados por los gobiernos de Bolivia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras y Perú. Entre ellos, figuraba un grupo de profesores mexicanos inscritos ya en el CREFAL.

Habló, entonces, Lucas Ortiz. Leí, en seguida, mi alocución. El centro de Pátzcuaro era el primer intento serio, realizado en el plano internacional, con el propósito de responder a la alarma que producía en el mundo la enorme profusión de los iletrados. Me interesaba aclarar que no nos proponíamos solamente luchar contra el analfabetismo. El adiestramiento en la enseñanza de la lectura y de la escritura no constituiría sino una de las tareas que los maestros del CREFAL deberían perfeccionar. La educación fundamental se asignaba metas más elevadas. Pretendía proporcionar a las comunidades rurales no sólo un recurso de comunicación con el exterior, merced a los libros y a los periódicos, sino los medios elementales para una mejor adaptación de su vida a los requerimientos de la época y del ambiente. Por eso la UNESCO se empeñaría en completar los cuadros del centro con un personal especializado en asuntos de higiene, agricultura, artesanado y pequeñas industrias.

Paracho, Janitzio, Jarácuaro, Tzintzuntzan, Cherán y Carapan habían enviado a Pátzcuaro a sus mejores danzantes. Muchachas indígenas, ataviadas con sus vestidos tradicionales, bailaron frente a nosotros. Cada una llevaba un ramo de apazecua, con hojas de maíz. Alguien me explicó que aquél era un testimonio de bienvenida. De dos en dos, las muchachas se dirigieron hacia el tablado en el que nos hallábamos. Una de ellas entregó al Presidente un violín de Paracho. Otra me dio una jícara. Tello recibió una guitarra.

¡Cuánta espontánea generosidad –y cuánta ironía implícita caracterizan a los indios de Michoacán! Sus danzas me hicieron pensar, por contraste, en las que Nehru quiso mostrarme en Nueva Delhi. Era enorme, sin duda, la diferencia entre los bailarines hindúes –profesionales y metafísicos– y las mozas nacidas en Jarácuaro o en Cherán. Aquéllos hacían del baile una mística de la plástica. Oraban con el rostro, con los pies, con las manos, con todo el cuerpo... Cada uno de sus movimientos era símbolo religioso. Hasta, en ciertos instantes, la inmovilidad que adoptaban frente a un hueco dramático de la música, resultaba una acción de gracias o el anuncio de un éxtasis ritual.

Las chicas de los alrededores de Pátzcuaro no obedecían a leyes tan imperiosas. Danzaban como vivían, con la mayor naturalidad, sin parecer extraídas de un friso arcaico. Pero tanto en sus giros como en sus pausas, se advertía también una tradición: la de un pueblo que nunca recibe algo sin ofrecer mucho más de cuanto le entregan.

Hasta actos como ése, concluyen siempre en banquetes. Me pareció delicioso el que nos sirvieron. Por ventura, los discursos no fueron largos. Al hablar en nombre de la OEA, el representante de Lleras Camargo manifestó que la fuerza, sin el espíritu, sería violencia y que el espíritu, sin la fuerza, podría resultar fantasía. "Esos dos elementos no son antitéticos", dijo. "Unidos, lo pueden todo. América los tiene."

¿Cómo dudarlo? Espíritu y fuerza poseen nuestras naciones. Pero pocas veces mueven a tiempo esas dos palancas. Cuando habla el espíritu, no encuentra fuerzas en qué apoyarse. Y, cuando la fuerza se manifiesta, lo hace a menudo contra el espíritu. Educar es precisamente enseñar a unir el poder con el pensamiento, dar al hombre el sentido que proporciona fuerza a la idea y que orienta a la fuerza en la dirección que la idea debe marcarle. Por grande que fuera mi júbilo ante la creación del CREFAL, comprendí cuán pequeño resultaría ese humilde esfuerzo frente a las gigantes necesidades de las masas ignaras del Nuevo Mundo. Pero por algo debía empezarse. Y era promisorio que nuestro programa de educación rural comenzara en México.

*

Después del banquete, nos dirigimos de nuevo hacia la estación. Junto a uno de los vagones, me estaba esperando el coche que el Presidente había tenido la amabilidad de ofrecerme para el regreso. Él mismo veía con inquietud las largas horas del viaje en ferrocarril. Se despidió de sus invitados. Y tomó asiento en el automóvil, junto conmigo. Lo acompañaron el senador Serrano y el licenciado Gual.

El licenciado Alemán me explicó algunos de sus proyectos. Le conté yo mis cuitas de solitario entre delegados de mentalidades opuestas y lenguas varias, casi unánimes solamente cuando llegaba el momento de recortar las raquílicas frondas del presupuesto. De tarde en tarde, intervenía Gual Vidal... La sombra nos circundó. Brillaron las primeras estrellas. Cruzamos calles mal empedradas. Atravesamos pueblos adormecidos. Y llegamos a Los Pinos a media noche.

Debíamos salir mi mujer y yo antes de las nueve de la mañana, para tomar –a las diez– un "clipper": el que iba a Washington. El avión despegó con puntualidad. Sin embargo, pocos minutos más tarde, la voz del piloto nos indicó que tendríamos que regresar al aeródromo. Uno de los motores exigía quién sabe qué revisión. Me disgustó el incidente, mas no había razón de protesta alguna. Opté por salir de México en el avión anunciado para la noche del mismo día.

Volvimos en taxi al Hotel del Prado, donde me esperaba otra novedad. Esa, muy agradable. Sonó el teléfono de mi apartamento. Y oí la voz de don Manuel Ávila

Camacho. ¿Estaría hablándome desde Martínez de la Torre? No. Se encontraba en la capital. Había abreviado sus vacaciones. Deseaba verme. Le contesté que pasaría a saludarlo en seguida. Pero, al colgar el audífono, me desconcertó una pregunta: ¿cómo sabría don Manuel que me hallaba en México aún? Los diarios de la mañana habían publicado la hora de mi salida. ¿Quién le enteraría –tan oportunamente– del percance de mi avión?

Habitaba don Manuel todavía en su antigua casa, de la avenida que lleva su nombre hoy. Me recibió con visible júbilo. Tras de las preguntas del caso (¿cómo estaba mi esposa? ¿cómo se sentía él de salud? ¿me había complacido mi estancia en México?), no tardó en abordar un asunto que parecía interesarle de manera especial en aquellos días: el de la sucesión del presidente Alemán.

Se refirió a los candidatos acerca de cuyos méritos se hablaba entonces más ampliamente. Y me dijo que varios amigos suyos le habían hablado con insistencia de mí. ¿Qué pensaba yo a ese respecto?... Le respondí francamente que ni aspiraba a figurar como candidato, ni nadie me había propuesto serlo, ni podría aceptar mi postulación, pues mis padres no fueron mexicanos por nacimiento. La resolución que notó en mi rostro le hizo cambiar de tema. La charla tomó otros rumbos. Me habló de su vida en Martínez de la Torre. Me describió los caballos que prefería. Me preguntó por mi instalación en Francia. Y, al anunciarle mi vuelo a Washington, le conté lo ocurrido, por la mañana, en el aeropuerto. Me sorprendió, a ese respecto, lo dubitativo de su sonrisa. ¿Habría obedecido realmente nuestro regreso al desperfecto de uno de los motores del avión?

*

Me hizo mucho bien ese viaje a México. Resultaba innegable el progreso de la República. Surgían edificios nuevos por todas partes. Se emprendían obras de habitación nacional a lo largo del territorio. La estabilidad política del país era garantía de un desarrollo que debería encauzarse con ánimo de justicia.

Existían, infortunadamente, vastas comunidades desamparadas. Empezaban a medrar demasiado los capitalistas advenedizos. Se cernían todavía serios peligros sobre un desenvolvimiento social que tendría que otorgar mayor atención a los desvalidos. Sería indispensable hacer mucho más en favor de los campesinos y limitar la ambición de los "influyentes". Faltaba mucho, sin duda, por emprender. Pero no faltaban la decisión y el impulso para emprenderlo. Se advertía, en ocasiones, síntomas de inquietud. Existía libertad, aunque no podía afirmarse que hubiera alcanzado el país madurez absoluta en la democracia.

A pesar de todo, el balance era positivo. De nuestra voluntad de renovación en el patriotismo dependería, en gran parte, el valor de México.

